



## UNA BIOGRAFÍA DE LA FE APOSTÓLICA

### TEMA 6:

### LOS APÓSTOLES ANTE EL RESUCITADO QUE LLEVA LAS MARCAS DE LA CRUZ (II)

#### I. RECAPITULACIÓN:

#### 1. LA CRUZ DEL RESUCITADO Y EL RESUCITADO QUE LLEVA LAS MARCAS DE LA CRUZ

Cuando hablamos de la importancia fundamental de la cruz en la formación y el desarrollo de la fe de los Apóstoles, dije que es *la cruz del resucitado* la que ejerce un papel verdaderamente definitivo en esa fe.

Ahora estamos ya hablando de cómo la resurrección de Cristo dio forma a esta fe apostólica y vuelvo a decir algo parecido: es *la resurrección del crucificado* la determinante para la fe apostólica y para la nuestra. La cruz del resucitado y la resurrección del crucificado. Ambas cosas son determinantes e inseparables.

Cruz y resurrección son dos aspectos del mismo misterio de Cristo, del misterio pascual. Existe una intrínseca relación entre una y otra. Nuestra fe está determinada por aquel que murió en la cruz y vive, por el Viviente que lleva en su cuerpo glorioso las marcas de la pasión, las marcas de un amor eterno, un amor que ha sido conducido hasta la perfección en la cruz.

Con esto quiero subrayar que no podemos entender ni el misterio de Cristo ni la fe de los Apóstoles sin una contemplación unitaria de estos dos momentos.

Dicho esto, os recuerdo alguna cosa de lo que dijimos el último día sobre la resurrección:

## 2. UNOS RELATOS INAUDITOS E INIMAGINABLES

Dijimos que los Apóstoles no esperaban para nada una resurrección de su maestro muerto. Para nada. Analizamos algunas cosas para fundamentar esta afirmación:

- **En primer lugar**, el estado anímico de los apóstoles y de los demás del grupo, hundidos bajo la terrible imagen de la cruz.
- **En segundo lugar**, lo que una mente griega podía esperar tras la muerte: ninguna vida que tuviese que ver con el cuerpo. Y trajimos el ejemplo de la predicación de Pablo en el Areópago, donde los atenienses, al oír hablar al Apóstol de una resurrección de la carne, se mofan de lo que escuchan.
- **En tercer lugar**, examinamos lo que podía esperar un judío tras la muerte. Distinguimos aquí la idea que tenían los saduceos y con ellos los que tenían una mentalidad más pegada a las tradiciones más antiguas de Israel. Ellos tampoco esperaban nada tras la muerte, sencillamente no creían en una vida tras la muerte. Por otra parte, vimos la idea de la resurrección que se había ido abriendo paso poco a poco en el pueblo judío desde tiempo atrás y que compartían los fariseos y buena parte de los judíos de tiempos de Jesús. ¿En qué consistía esta idea de una vida tras la muerte? En una resurrección de la carne, pero en una resurrección que solo tendría lugar al final de los tiempos, en los tiempos mesiánicos, una resurrección a una vida que imaginaban como la del paraíso perdido. Es decir, una vida en esta tierra. Una vuelta a esta vida, pero en la armonía con la que el libro del Génesis describe el paraíso.
- **La conclusión de este análisis:** lo que los evangelios nos narran sobre la resurrección de Jesucristo no tiene explicación en lo que ningún apóstol, ni ningún otro judío o griego, podían esperar, ni siquiera imaginar, tras la muerte.
- **El hecho de que los relatos nos den unos detalles de la resurrección que no cabía en cabeza alguna de aquella época, judía o pagana, solo tiene una posible explicación:** que los apóstoles realmente vieran y tocaran aquello que leemos en los evangelios.

El último día explicamos esto suficientemente, creo.

### 3. EL TESTIMONIO DEL SEPULCRO VACÍO

El primer dato con el que nos encontramos en el testimonio de los Apóstoles y, en concreto de san Juan —el testimonio que nosotros estamos siguiendo desde el principio— es el dato del sepulcro vacío. Ya dijimos que este hecho no probaba nada. El sepulcro vacío no probaba que Jesús hubiese resucitado. De hecho, cuando la Magdalena ve el sepulcro vacío, ¿qué piensa? Que han robado el cuerpo muerto de su maestro. Llamamos la atención aquí sobre todo en el hecho de que cuando el mismo apóstol, junto con Pedro, corrió hasta la tumba y vio aquel espacio vacío, él mismo dice de sí: «vio y creyó». Analizamos qué podía significar para el apóstol eso de «creer» y cuál era el contenido de ese creer. Fundamentalmente para san Juan, aunque de por sí el sepulcro vacío no probaba nada, para él significó una provocación a su inteligencia, a su voluntad, a su amor y a su fe. Su fe fue más allá de lo que le probaban los hechos y dio crédito a la palabra que había escuchado tiempo atrás a su maestro antes de que empezase la pasión: «al tercer día resucitaré». Y el contenido de esa fe debía ser sencillamente que aquel que habían visto muerto, estaba vivo de nuevo. Pero esa fe de san Juan, que él mismo recuerda al contar aquel momento de la contemplación de la tumba vacía, no incluía en ese momento una idea clara de cómo vivía ahora su maestro. Sencillamente creyó en él y creyó que vivía. No el cómo de esa vida y su significado. Ni siquiera sabemos si Pedro o alguno otro del grupo participó de esta fe del discípulo amado. El cómo estaba vivo y su significado solo se irá clarificando posteriormente no ya por el sepulcro vacío, sino por las apariciones de Cristo resucitado.

### 4. INTRODUCCIÓN A LAS APARICIONES DE CRISTO RESUCITADO

Os leo de nuevo unas palabras de Ratzinger que nos introducen en la comprensión de lo que fueron estas apariciones y lo que significaron para los Apóstoles:

¿Qué pasó allí [en las apariciones]? Para los testigos que habían encontrado al Resucitado esto no era ciertamente fácil de expresar. Se encontraron ante un fenómeno totalmente nuevo para ellos, pues superaba el horizonte de su propia experiencia. Por más que la realidad de lo acontecido se les presentara de manera tan abrumadora que los llevara a dar testimonio de ella, ésta seguía siendo del todo

inusual [...] ¿En qué consiste esto [que ven]? Los discípulos no lo sabían y debían aprenderlo solo por el encuentro con la realidad<sup>1</sup>.

Los apóstoles se enfrentaron con un hecho desconocido e inesperado para ellos. La resurrección de Cristo no resultó ser como la resurrección de Lázaro o del hijo de la viuda de Naín o del hijo de Jairo.

Los testimonios del Nuevo Testamento no dejan duda alguna de que en la resurrección del Hijo del hombre ha ocurrido algo completamente diferente. La resurrección de Jesús ha consistido en un romper las cadenas para ir hacia un tipo de vida totalmente nuevo, a una vida que ya no está sujeta a la ley del devenir y de la muerte, sino que está más allá de eso; una vida que ha inaugurado una nueva dimensión del ser hombre<sup>2</sup>.

[...]

Jesús no ha vuelto a una vida de este mundo, como Lázaro [...]. Él ha entrado en una esfera distinta, nueva, en la inmensidad de Dios y, desde allí, Él se manifiesta a los suyos.

Esto era algo totalmente inesperado también para los discípulos, ante lo cual necesitaron un cierto tiempo para orientarse. Es cierto que la fe judía conocía la resurrección de los muertos al final de los tiempos. La vida nueva estaba unida al comienzo de un mundo nuevo y, en esta perspectiva, resultaba también comprensible: si hay un mundo nuevo, entonces existe en él un modo de vida nuevo. Pero la resurrección a una condición definitiva y diferente, en pleno mundo viejo, que todavía sigue existiendo, era algo no previsto y, por tanto, tampoco inteligible al inicio. Por eso la promesa de la resurrección resultaba incomprensible para los discípulos en un primer momento<sup>3</sup>.

## 5. LO QUE NOS MUESTRAN LOS RELATOS DE LAS APARICIONES

¿Qué nos muestran los relatos de las apariciones del Resucitado? Vuelvo a tomar palabras de Ratzinger:

Para los discípulos, la resurrección llegó a ser tan real como la cruz. [...] Después de tanto titubeo y asombro inicial, ya no podían oponerse a la realidad: es realmente Él; vive y nos ha hablado, ha permitido que lo toquemos, aun cuando ya no pertenece al mundo de lo que normalmente es tangible.

---

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret* II, 283

<sup>2</sup> *Ibid.*, 284

<sup>3</sup> *Ibid.*, 286

La paradoja era indescriptible: por un lado, Él era completamente diferente, no un cadáver reanimado, sino alguien que vivía desde Dios de un modo nuevo y para siempre; y, al mismo tiempo, precisamente Él, aun sin pertenecer ya a nuestro mundo, estaba presente de manera real, en su plena identidad. Se trataba de algo absolutamente sin igual, único, que iba más allá de los horizontes usuales de la experiencia y que, sin embargo, seguía siendo del todo incontestable para los discípulos<sup>4</sup>.

Aquí es donde realmente nos quedamos en el último día. Ahora debemos analizar algunos de los detalles de las apariciones del Resucitado y la importancia decisiva de esta experiencia en el desarrollo de la fe de los Apóstoles.

## II. ALGUNOS DETALLES DE LAS PARICIONES DEL RESUCITADO

Vayamos a los detalles de las apariciones del Resucitado.

Hay que decir que los detalles que para la mentalidad judía aparecen como más extraños en los relatos de las apariciones son los mejores indicios de su historicidad, de que ocurrieron tal como son contados en los evangelios.

El primero de esos detalles llamativo y extraño es el día en que dicen que resucitó Jesús y el día en que ocurrieron las primeras apariciones: el primer día de la semana, el día siguiente al sábado, que era para la semana judía el día séptimo, el día del descanso, el día de culto.

### 1. EL PRIMER DÍA DE LA SEMANA

San Juan, como los otros evangelistas, afirma que Jesús resucitó el primer día de la semana, el día siguiente al sábado, al alborear del tercer día de la crucifixión.

Este detalle temporal, «al tercer día», no era deducible de los textos de la Antigua Escritura. Los textos del AT en los que se pudo ver una profecía de la resurrección al tercer día, solo llamaron la atención después de que se produjese la resurrección de Cristo. Así Os 6,1-2, que no habla propiamente de una resurrección

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, 286-287

de la muerte, sino de la restauración a partir de una situación de pecado y de lejanía de Dios. Hasta ese momento carecía de cualquier valor teológico para Israel. De hecho, solo fue usado a partir del s. II como elemento profético de la resurrección. Ni en el NT ni a lo largo del s. II se cita este texto por parte de los cristianos. Es decir, los Apóstoles no dedujeron, no pudieron deducir, el día de la resurrección de Jesús de los textos del AT.

El tercer día es solo, y aquí está su gran valor, «el día de un acontecimiento que para los discípulos ha supuesto un cambio decisivo tras la catástrofe de la cruz»<sup>5</sup>.

¿De qué cambio se trata? Del cambio del día de culto.

Que la resurrección se diese en el primer día de la semana y no en el día séptimo, es decir, el sábado, cambió algo tan determinante como el día de culto para los primeros cristianos judíos, lo cual era algo ciertamente impensable de no ser por el hecho de que ese día ocurriese realmente aquello de lo que dan testimonio los textos del NT.

En efecto, «el primer día de la semana —el tercero después del viernes— está atestiguado desde los primeros tiempos del NT como el día de la asamblea y del culto de la comunidad cristiana»<sup>6</sup>.

«Si se considera la importancia que tiene el sábado en la tradición veterotestamentaria, basada en el relato de la creación y en Decálogo, resulta evidente que solo un acontecimiento con una fuerza sobrecogedora podía provocar la renuncia al sábado y su sustitución por el primer día de la semana. Solo un acontecimiento que se hubiera grabado en las almas con una fuerza extraordinaria podía haber suscitado un cambio tan crucial en la cultura religiosa de la semana. Para esto no habrían bastado las meras especulaciones teológicas. Para mí, la celebración del Día del Señor, que distingue la comunidad cristiana desde el principio, es una de las pruebas más fuertes de que ha sucedido una cosa extraordinaria en ese día: el descubrimiento del sepulcro vacío y el encuentro con el Señor resucitado»<sup>7</sup>.

---

<sup>5</sup> *Ibid.*, 301

<sup>6</sup> *Ibid.*, 318. Ratzinger ofrece aquí algunos datos que apoyan esta afirmación.

<sup>7</sup> *Ibid.*, 302

## 2. LA CORPOREIDAD Y LA REALIDAD DEL RESUCITADO

En las apariciones de Juan y de los otros evangelios, el Señor aparece como un hombre, es decir, con un verdadero cuerpo. Así, el Señor deja, por ejemplo, que Tomás toque sus heridas.

Pero al mismo tiempo, llama la atención que, por ejemplo, los discípulos no lo reconozcan en un primer momento. Le ocurre esto a María Magdalena y sucede lo mismo en la aparición de Cristo en el mar de Tiberiades. Dice el evangelista:

«Cuando ya amaneció, se presentó Jesús en la orilla, pero sus discípulos no sabían que era Jesús. Les dijo Jesús: “Muchachos, ¿tenéis algo de comer?” “No”, le contestaron. Él les dijo: “Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis”. La echaron, y casi no eran capaces de sacarla por la gran cantidad de peces. Aquel discípulo a quien amaba Jesús le dijo a Pedro: “¡Es el Señor!”» (Jn 21,4-7).

Y comenta Ratzinger:

Es, por decirlo así, un reconocer desde dentro que siempre queda envuelto en el misterio. En efecto, después de la pesca, cuando Jesús los invita a comer, seguía habiendo una cierta sensación de algo extraño. «Ninguno de ellos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor» (Jn 21,12).

Lo sabían desde dentro, pero no por el aspecto de lo que veían y presenciaban.

El modo de aparecer corresponde a esta dialéctica del reconocer y no reconocer. Jesús llega a través de las puertas cerradas, y de improviso se presenta en medio de ellos [lo cual no es propio de un cuerpo humano “normal”]. Y, del mismo modo, desaparece de repente [...]. Él es plenamente corpóreo. Y sin embargo no está sujeto a las leyes de la corporeidad, a las leyes del espacio y del tiempo. **En esta sorprendente dialéctica entre identidad y alteridad** [Es el mismo, pero es diverso. Tiene un cuerpo, no es un fantasma, pero su cuerpo no es como antes], entre verdadera corporeidad y libertad de las ataduras del cuerpo, se manifiesta la esencia peculiar, misteriosa, de la nueva existencia del Resucitado. En efecto, ambas cosas son verdad: Él es el mismo — un hombre de carne y hueso— y es también el Nuevo, el que ha entrado en un género de existencia distinto»<sup>8</sup>.

[...]

La novedad de la «teofanía» del Resucitado consiste en el hecho de que Jesús es realmente hombre: como hombre, ha padecido y ha muerto; ahora vive de

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, 309-3010

modo nuevo en la dimensión del Dios vivo; aparece como auténtico hombre y, sin embargo, aparece como desde Dios, y Él mismo es Dios.

Son importantes dos acotaciones: Por una parte, Jesús no ha retornado a la existencia empírica, sometida a la muerte, sino que vive de modo nuevo en la comunión con Dios, sustraído para siempre a la muerte. Por otra parte, —y también esto es importante— los encuentros con el Resucitado son diferentes de los acontecimientos interiores o de experiencias místicas: son encuentros reales con el Viviente que, en un modo nuevo, posee un cuerpo y permanece corpóreo<sup>9</sup>.

Lo que podemos concluir de los datos que nos ofrecen los evangelistas es que la resurrección de Jesús es una realidad nueva que ni ellos ni los paganos hubiesen podido concebir. En él la humanidad, realidad corpórea y espiritual, y en ella el mundo creado, también la materia, encuentra espacio en Dios. Espíritu y Sangre tienen sitio en Dios<sup>10</sup>. Y con la materia todo lo que le es propio, la historia y el espacio. La resurrección de Cristo ha introducido la historia en la eternidad y lo concreto en lo infinito. Se trata de una nueva creación.

Solamente el verdadero contacto con una realidad nueva, radicalmente nueva, inesperada, era capaz de provocar el anuncio apostólico, tanto por lo que toca a los contenidos de su testimonio, como por su osadía. Un acontecimiento que nadie había podido idear y que superaba cualquier posible imaginación<sup>11</sup>.

### III. LA EXPERIENCIA DE LA RESURRECCIÓN DE JESÚS Y LA FE APOSTÓLICA

Después de haber puesto de manifiesto los detalles más importantes de los relatos de san Juan sobre la resurrección, detalles que, en realidad se observan también en los sinópticos, preguntémonos: ¿qué significó esta experiencia para la fe de los Apóstoles, para la biografía de la fe apostólica?

Ya dijimos que el sepulcro vacío supuso, al menos para Juan, la restauración del vínculo de la fe con aquel que había sido separado de ellos por la muerte: «**vio y creyó**».

Pero aunque podemos suponer que Pedro y los otros participasen de este acto de fe del discípulo amado, los datos de los Evangelios no nos permiten ir tan lejos.

---

<sup>9</sup> *Ibid.*, 311-312

<sup>10</sup> Cf. Tertuliano. En RATZINGER, *Jesús de Nazaret II*, 318

<sup>11</sup> Cf. RATZINGER, *Jesús de Nazaret II*, 320

De hecho, los de Emaús, que ya habían tenido noticia del sepulcro vacío, no parecen haber sido tocados por esta fe:

«Bien es verdad que algunas mujeres de las que están con nosotros nos han sobresaltado, porque fueron al sepulcro de madrugada y, como no encontraron su cuerpo, vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles, que les dijeron que está vivo» (Lc 24,22-23).

Veamos lo que significaron para la fe de los Apóstoles las apariciones de Jesús fijándonos en algunos de los relatos.

### 1. LA APARICIÓN A LA MAGDALENA Y SU TESTIMONIO A LOS APÓSTOLES

Tras el dato del sepulcro vacío y el acto de fe de Juan, el siguiente acontecimiento que pudo incidir en la fe de los apóstoles fue el testimonio de María Magdalena. Ella recibe la primera aparición de Jesús resucitado y se convierte en «apóstol de los apóstoles»: **«Fue María Magdalena y anunció a los discípulos: — ¡He visto al Señor!, y me ha dicho estas cosas»** (Jn 20,18).

Este hecho tiene su importancia. Nosotros estudiamos la biografía de la fe apostólica porque la fe de la Iglesia como Pueblo de Dios, y en ella la fe personal de cada uno de nosotros, es una participación de la fe apostólica. Pero los Apóstoles han sido, a su vez, «evangelizados» por una mujer. Y este hecho nos dice también que la Iglesia es una comunión verdadera de todos sus miembros, el ministerio apostólico no es autónomo en sí mismo. También él necesita del resto. Es cierto que la mujer no entra en la estructura de la sucesión apostólica, no ha sido llamada por Cristo al sacerdocio. Pero si la mujer no entra en la estructura de la sucesión apostólica, sin embargo, la estructura apostólica de la Iglesia es sostenida por la mujer. Este es un dato comprobable en la Iglesia católica desde el principio: de María, la Madre de Jesús, en adelante, las mujeres sostienen la Iglesia. Ratzinger hace también mención a este hecho:

«La Iglesia, en su estructura jurídica, está fundada sobre Pedro y los Once, pero en la forma concreta de la vida eclesial son siempre las mujeres las que abren la puerta del Señor, lo acompañan hasta el pie de la cruz y así lo pueden encontrar también como Resucitado»<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, 306

No se nos dan más datos sobre lo que supuso el testimonio de María Magdalena. Pero el hecho de que Juan recoja como primer testimonio directo del resucitado el testimonio de una mujer es también significativo de su historicidad. Si no hubiese ocurrido tal como se cuenta, que primero se apareció a María Magdalena —dando por supuesto que antes se apareció a Santa María, tal como hizo notar el buen juicio de san Ignacio de Loyola—, Juan no lo habría mencionado así, dado que el valor testimonial de una mujer en procesos jurídicos entre los judíos no valía nada.

Pero fuera del valor jurídico, el testimonio de la Magdalena tuvo que suponer ya, como poco, la aparición de un estado de expectación en el ánimo de los Apóstoles.

## 2. LA APARICIÓN A LOS APÓSTOLES EN LA TARDE DEL PRIMER DÍA DE LA SEMANA

Tras el testimonio de la Magdalena, Jesús Resucitado se manifiesta, al atardecer, a los Apóstoles. Y tras el saludo —«**La paz con vosotros**»—, que puede tener sin duda también un sentido teológico, el primer gesto que realmente llama la atención es este: «**Les mostró las manos y el costado**».

El primer significado de este gesto es evidente: la identificación entre el resucitado y el crucificado. El que tienen delante es el mismo que estuvo en la cruz y en sepulcro.

Del segundo significado de este dato ya hemos hablado: la verdadera corporeidad del resucitado, que se hará más evidente cuando Tomás toque las heridas. Hablaremos enseguida de un tercer significado de la permanencia en el cuerpo glorioso del Señor Resucitado de las llagas de la pasión.

La alegría que se sigue en los Apóstoles es bien significativa. Expresa la recuperación de aquel que les había sido arrebatado por la muerte, y así también el restablecimiento de la fe.

A continuación, Jesús reitera su saludo. El saludo judío de la paz, que no es otro que el descanso en la comunión con Dios, deja de ser aquí un formalismo o un gesto de buena educación: se convierte en una realidad. En los Apóstoles se ha restaurado la fe, pero no es solo la restauración de la fe que ya antes daban a Jesús, porque Jesús ahora se les muestra en su verdad definitiva.

En los Apóstoles se ha restaurado la fe, pero esta fe ahora es más perfecta porque «ve» más, porque «llega» más lejos, porque penetra en la verdad definitiva de Cristo.

Los dos detalles siguientes del relato dan por supuesto este salto de la fe apostólica, como si de repente todo estuviese más claro. Dice el evangelista que Jesús les envía al mundo y les da el Espíritu Santo:

«Les repitió: “La paz esté con vosotros. Como el Padre me envió, así os envío yo”. Dicho esto sopló sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, les son perdonados; a quienes se los retengáis, les son retenidos”» (Jn 20,21-23).

Insisto: estos dos detalles dan por supuesto que la fe de los Apóstoles ha dado un salto cualitativo. Es el cumplimiento de las palabras que el Apóstol había recogido de Jesús: **«Todavía un poco más y el mundo no me verá, pero vosotros me veréis porque yo vivo y también vosotros viviréis. Ese día conoceréis que yo estoy en el Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros»** (Jn 14,19-20). O también: **«Ahora vosotros os entristecéis, pero os volveré a ver y se os alegrará el corazón, y nadie os quitará vuestra alegría. Ese día no me preguntaréis nada»**. Ese no preguntar se refiere a la claridad que adquirirá la fe.

En efecto, la misión del Hijo implicaba la perfecta comunión con el Padre. Así ahora, de la misma manera, la misión de los Apóstoles —llevar el perdón de los pecados— implica la participación en esa comunión, de la que el Apóstol había hablado en los discursos de despedida de Jesús, como una petición del Hijo al Padre: **«que ellos estén en nosotros»** (Jn 17,21).

La misión depende de esta unidad en la que se forja la unidad en la Iglesia:

«No ruego solo por estos, sino por los que van a creer en mí por su palabra: que todos sean uno; como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que así ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que Tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí» (Jn 17,20-23).

La misión depende de esta unidad y del don del Espíritu Santo. Hablaremos de él en el próximo capítulo, porque el Espíritu Santo, con su obra en el corazón de los Apóstoles, es el protagonista del último paso de la fe apostólica, de su perfeccionamiento y plenitud.

### 3. LA APARICIÓN A LOS ONCE AL OCTAVO DÍA

La segunda aparición a los Apóstoles, con Tomás entre ellos, es como una continuación de la primera.

Tomás no había estado presente en la primera aparición y aún no creía que estuviese vivo. Necesita ver y tocar para llegar a la certeza de que aquel que fue tan brutalmente muerto, que experimentó la muerte con tanta crudeza, estuviese vivo realmente. Que esté realmente vivo es el punto de partida de la fe. Sin eso no hay nada más. Necesita saber, antes de nada, que está vivo el hombre que habían conocido, con su cuerpo. Este es el principio sin el cual no hay ninguna otra realidad válida de la fe.

La manifestación de Jesús resucitado con su cuerpo, aún con las heridas de la pasión, disipa toda posible duda de Tomás sobre la vida de Jesús: realmente está vivo. Este era el testimonio de la Magdalena y de los otros Apóstoles: «**He visto al Señor**», dice la Magdalena a los Once. «**Hemos visto al Señor**», dicen sus compañeros a Tomás. Ahora también, Tomás puede verlo y tocarlo, ciertamente está vivo y esa es una realidad innegable. Este hecho se les presenta a los Once, ahora también a Tomás, como una realidad que no pueden dejar de reconocer.

Sin embargo san Agustín —y posiblemente otros antes que él— llama la atención de que Tomás hace un acto de fe. Reconocer que Jesús estaba vivo no era hacer un acto de fe. ¿En qué consiste, entonces, el acto de fe de Tomás? En reconocer en Jesús vivo, al que ve, lo que no puede ver: su divinidad. Eso es lo que se expresa en sus palabras: «**Señor mío y Dios mío**». En efecto, estas palabras son un acto de fe: se confiesa que aquel que tiene delante es el Señor, el Dios Absoluto que se había revelado en el Antiguo Testamento. Se confiesa que Jesús vivo es el Dios verdadero que se había manifestado a Israel. Se confiesa eso y se hace un acto de entrega a él: «**Señor mío y Dios mío**». Pero al hacerlo, ¿acaso ve Tomás al Dios invisible? No, ve una humanidad que ha vencido la muerte, ve al hombre Jesús vencedor de la muerte. Su divinidad no se ve. Solo la fe, que va más allá de lo que ven los ojos y tocan sus dedos vacilantes, puede decir: «**Señor mío y Dios mío**».

Desde entonces, los que crean tendrán que creer fiándose del testimonio apostólico: que él está vivo, pero a partir de este dato, tendrán que hacer el mismo ejercicio que Tomás y reconocer en Jesús al Dios verdadero, como su Dios, como su Señor, y entregarse a él.

Por último quiero llamar la atención sobre el tercer significado de que permanezcan las llagas en el cuerpo del resucitado. Dije que ellas son la expresión

más rotunda de que el resucitado es el mismo que el crucificado; y también que en ellas aparece la verdad de la corporeidad de Cristo resucitado. Ahora quiero añadir algo más: ellas expresan la permanencia del acto de amor del crucificado. El acto de amor que el Hijo de Dios hecho hombre realiza en la cruz, llevando a perfección el amor humano, permanece. Las llagas del resucitado nos ayudan a entender así el valor de la Eucaristía, como memorial del sacrificio de Cristo. Nos ayudan a adentrarnos en él y a unirnos, justamente en él, al acto de la fe de Tomás y de los Apóstoles.

Esto no es un mero comentario «piadoso». Para un cristiano significa que vive de un amor presente. Ese amor presente, el de Cristo vivo, crucificado y resucitado, es el principio permanente de la fe. Al tocar las llagas, Tomás toca la cruz del resucitado y hace su acto de fe. La fe cristiana nace ante este que está vivo, pero cuyo amor crucificado permanece. Ninguna otra cosa mueve al amor y a la fe. La fe de los Apóstoles y la fe de los cristianos nace ante la Cruz del Resucitado.

Así vuelvo a lo que decía al principio: la cruz no es un paso hacia la resurrección, sino la forma concreta en la que se ha realizado la perfección del amor y permanece por la resurrección. La cruz y la resurrección son dos realidades inseparables. La fe nace ante ellas. Me refiero a esta fe que no es la fe inicial de los apóstoles, de la que hablábamos en los primeros temas de este curso, sino la fe que alcanza la verdad de Cristo y la comunión con él.

Solo nos queda un paso en esta biografía de la fe apostólica: lo que terminará de hacer en ellos el Espíritu Santo.

P. Enrique Santayana C.O.